

## Cuerpo a cuerpo de Chucho y Bebo Valdés en Vitoria

**LUÍS MARTÍN**

VITORIA. Bebo y Chucho Valdés, la misma sangre, pianistas ambos y, sin embargo, diferentes formas de concebir el mundo. Bebo, que optó por el exilio europeo cuando se instaló la Revolución en Cuba, no ha regresado jamás por su isla querida. Su hijo, Chucho, se mantiene, por contra, fiel a las ideas con las que quiso crecer. Y desde el último encuentro que tuvieron, su actividad artística no se ha visto afectada.

Ambos han venido a este festival para revalidar que su relación es más fuerte y mejor que las ideas. En breve, Bebo Valdés cumplirá 90 años, una edad muy seria para seguir en la escena. Quizás, por eso sólo subió a ella mediado el concierto. Y Chucho es una joya de brillo diamantino cuyas prodigiosas dotes técnicas desafían las del quinteto que dirige. Imposible dar cuenta exacta de la descarga que esta gente es capaz de servir. Los más espectaculares fogonazos llegaron con «El mambo de Zawinul» y el medley de Ellington.

Música alineada con esa forma de entender la vida que surge cuando las ideas, por diferentes que sean, se dan la mano. Jazz que crece en el Malecón y también en Nueva York. El productor Javier Limón, que compareció poco antes en la misma escena, entiende igualmente las cosas. Limón tiene, ya lo saben, disco nuevo y, ni que decir hay que fueron sus contenidos los que definieron su concierto. Personalmente, considero un acierto que a Concha Buika le toquen los mejores momentos del proyecto; no lo es menos, en cambio, la nómina de buenos músicos que acompañan.

En cualquier caso, era la primera actuación de una noche que aún reservaba la visita de Chucho y Bebo Valdés, la verdadera descarga de la velada. Y llegaron. «Los güiros» y se formó el rumbón convocando a Yemayá. Mayra Caridad Valdés, lástima, emborriona con su voz los resultados de lo que hace, incluso cuando Buika, en el final, cantó con ella «Lágrimas negras». Chucho y Bebo Valdés se rinden homenaje y rinden homenaje al jazz con un poderío que desarma. Y Bebo lleva a la audiencia al terreno de lo mesmerizante cuando la emprende con el clásico de Sebastián Iradier, «La paloma».